

les conceda, pues, á los escritores la consideracion que merecen y que se dediquen á cuestiones serias. En sus funciones públicas muéstrense graves, moderados, independientes y dignos, y en su accion literaria, en los libres caprichos de su inspiracion, que respeten siempre las leyes radicales de la lengua, que es la expresion de la verdad, y del estilo, que es la forma de lo bello.

A la altura en que se encuentran hoy los espíritus, el literato debe dedicar su simpatia á todos los males individuales, su pensamiento á todos los problemas sociales y su respeto á todos los enigmas religiosos; deber ser un auxiliar de los que sufren, de los que hierran y de los que investigan, dando á unos un consejo, á otros una solucion, á todos una palabra. Si es fuerte, debe comparar y juzgar; si es muy fuerte, debe examinar y enseñar, y si es más fuerte que todos, debe consolar.

Segun lo que vale el escritor, la mesa en que se apoya para hablar á las inteligencias es un tribunal ó un púlpito. El talento es una magistratura y el génio es un sacerdocio.

Escritores que quereis ser dignos de tan noble título y de funcion tan severa, aumentad cada día, si os es posible, vuestros conocimientos; profundizad las entrañas de todas las grandes cuestiones humanas; cargad sobre vuestro pensamiento, como peso sublime, el arte, la historia, la ciencia y la filosofía. Esto es bello, agradable y útil, y á medida que os vayais haciendo más grandes os ireis haciendo mejores, que por singular trabajo divino y misterioso, mejorando el pensamiento, se perfecciona el corazon.

La elevacion de los sentimientos está en razon directa del desarrollo de la inteligencia. El corazon y el espíritu son los dos platillos de una balanza; cargad el espíritu con el estudio y se elevará el corazon al cielo.

Vivid meditando la belleza moral, y por la secreta y pujante transformacion que se verifica en vuestro cerebro presentad á los ojos de todos la belleza poética y literaria, esa demostracion tan radiante y espléndida; no tomando la palabra *belleza moral* en el sentido equivocado y mezquino con que la interpretan la pedanteria escolástica ó devota, sino como la entendieron Shakespeare y Molière, esos génios tan libres en la superficie y tan severos en el fondo.

Una palabra para concluir.

Ya presentéis en el teatro, como ense-

ñanza para la multitud, la triple lucha, terrible ó ridícula, de los caracteres, de las pasiones y de los acontecimientos; ya busqueis en la historia cuál es la idea que germina en cada hecho, ya difundais en la poesia pura vuestra alma en todas las almas; en todo lo que escribais referíos á Dios, que en vuestra inteligencia, lo mismo que en la creacion, todo empieza por Dios. Creed en él como las mujeres y como los niños. Esta fé grandiosa y sencilla debe constituir el fondo de vuestras obras y así caminará por terreno sólido. Dios es el que dá al génio los profundos resplandores de la verdad que nos deslumbran. No olvideis que desde hace cuatro mil años la sabiduria humana busca y no ha encontrado nada fuera de ella. Porque en la sombra é intrincada red de las filosofías que inventó el hombre veais brillar aquí y allá algunas verdades eternas, no deduzcais por eso que todas tienen el mismo origen y que las han creado esos filósofos, pues incurriréis en el error en que incurriria el que creyese, al distinguir las estrellas al través de los árboles, que eran éstas las flores de sus oscuras ramas.

CONTESTACION DE VÍCTOR HUGO,

director de la Academia francesa,

AL DISCURSO DE M. SAINTE-BEUVE.

27 Febrero 1845.

Señor:

Acabais de recordar, con frases dignas, un día que no olvidará ninguno de los que lo vieron. Nunca acontecimiento público fué más espontáneo y más unánime que la manifestacion de sentimiento tributada al acompañar á su última morada al poeta eminente cuya vacante venís á ocupar. Es preciso haber triunfado, es preciso haber cumplido con sus obligaciones y terminado importantes obras para ser llorado así. Seria espectáculo grandioso y moral que pudieran tener siempre presentes los espíritus estos grandes y conmovedores funerales. Bello y consolador espectáculo, en efecto, es admirar esa muchedumbre que llena las calles, numerosa como en los días festivos, triste como en los días de calamidad pública; ver la real afliccion manifesta-

da al mismo tiempo que la afeccion popular; ver todas las cabezas descubiertas ante el féretro del poeta, á pesar de la lluvia y del frio; presenciar el dolor y el respeto en todas partes y encontrar el nombre de un hombre en todas las bocas y el dolor de una familia en todos los corazones. Todos le estimaban: poseia un talento lleno de dignidad severa; es que imprimia en sus obras el sello de la meditacion severa que atrae la simpatia y causa respeto á todo el que tiene conciencia: desde el hombre del pueblo hasta el pensador, porque todos éramos niños cuando M. Delavigne era hombre; porque todos éramos desconocidos cuando él era célebre; porque nosotros luchábamos cuando estaba ya coronado, y á pesar de su escuela, de su partido y de su bandera, le estimábamos y le queríamos; porque desde sus primeros días hasta los últimos, conociendo que honraba á las letras, le aplaudíamos en su brillante carrera, permaneciendo fieles á otras ideas que las suyas, le seguíamos de triunfo en triunfo, con la profunda alegría que nace de toda alma digna y elevada al ver que el talento alcanza al éxito y el génio á la gloria.

Vos habeis apreciado, con el envidiable tacto y excelente punto de vista que os distinguen, su rica naturaleza, su vario y hermoso talento; permitidme á mi vez que lo glorifique, á pesar de ser peligroso hablar despues de haber oido vuestra elocuente palabra.

En M. Casimiro Delavigne hay dos poetas: el lírico y el dramático. Estas dos manifestaciones de un mismo espíritu se completan la una con la otra. Todos sus poemas y todas sus poesías son pequeños dramas. En sus tragedias, como en las de los grandes poetas dramáticos, se siente á cada momento pasar el soplo lírico. Digámoslo francamente: el aspecto que hace resultar al drama lírico es el aspecto humano.

Ante las fatalidades que vienen de lo alto, el amor llora, el terror grita, el odio blasfema, la piedad suplica, la ambicion aspira, la virilidad lucha, la juventud sueña y la vejez se resigna; son el yo de cada personaje que habla, y por lo tanto, lo repito, este es el lado humano de sus dramas.

Los acontecimientos están en la mano de Dios y los sentimientos y las pasiones en el corazon del hombre. Dios dá el golpe y el hombre el grito.

En el teatro lo que nosotros deseamos oír es el grito; grito humano y profundo,

que entenece al público como una sola alma; doloroso en Molière, cuando surge entre risas; terrible en Shakespeare, cuando aparece en medio de las catástrofes.

Nadie puede calcular la influencia que tiene sobre la multitud ansiosa y palpitante ese grito del hombre que sufre dominado por el destino; deducir una leccion útil de esta emocion dolorosa es el deber ineludible del poeta.

Esta primera ley de la escena la poseía Casimiro Delavigne, ó por mejor decir, la habia encontrado en su alma; porque nosotros somos artistas ó poetas segun las condiciones que encontramos en ella. M. Delavigne pertenecia al número de los hombres sinceros y probos que saben que su pensamiento puede producir el mal ó el bien; que son orgullosos porque se sienten libres, y formales porque comprenden sus responsabilidades.

En las trece composiciones que ha dado al teatro se encuentra siempre respeto profundo al arte y el sentimiento de su mision.

Sabia que el lector comenta y que el espectador interpreta. Sabia que cuando un poeta es universal, ilustre y popular, muchos hombres llevan al fondo de su pensamiento un ejemplar que traducen segun los consejos de su conciencia y segun las circunstancias de su vida. Siendo poeta íntegro y observador, añade á cada una de sus ideas una enseñanza y una explicacion. Dá un tinte filosófico y moral á la fantasía en *la Princesa Aurelia* y en *El Consejero soplón*; presenta riqueza de observacion en *Los Comediantes*; narraciones legendarias en *La Hija del Cid*; hechos históricos en *Las Vísperas Sicilianas*, en *Luis XI*, en *Los hijos de Eduardo*, en *Don Juan de Austria* y en *La familia en los tiempos de Lutero*. En *El Párra* aconseja á las castas y en *La Popularidad* aconseja al pueblo.

Herido por todo lo que la edad puede reunir como consecuencia de los peligros y luchas que el hombre sostiene en vida con el alma y con las pasiones, preocupado un día por el lado ridículo de las cosas y otro por el lado terrible, escribió dos veces *La escuela de los ancianos*. La primera vez la llamó *Escuela de los viejos* y la segunda la tituló *Marino Faliero*.

No analizo estas composiciones excelentes, las cito. ¿Por qué analizar lo que todos hemos leído y aplaudido? Con solo citar sus títulos gloriosos recordamos á todos los espíritus las bellezas de las

obras y á todas las memorias la legitimidad de sus triunfos.

La facultad de lo bello y de lo ideal alcanzó desenvolvimiento notabilísimo en Delavigne, y el vuelo de su grande ambicion literaria, en el cual podria encontrarse alguna vez algo de temerario y supremo, estaba contenido y como limitado por cierta reserva natural, que producía en sus composiciones el gusto que circunscribe ó el génio que amplía, pero de una manera seductora y graciosa, que se traduce por modestia en su carácter y en prudencia en sus obras.

Su estilo tenia todas las perfecciones de su espíritu: elevado, preciso, concienzudo, digno, de elegancia peculiar; alguna vez gracioso, siempre claro y á veces brillante.

Su vida era, más que la de un filósofo, la de un sábio. Se habia trazado, por decirlo así, un círculo alrededor de su destino, del mismo modo que trazó otro á su inspiracion. Vivía como pensaba: solo. Profesaba gran afecto á su campo, á su jardin, á su casa y á su retiro; al sol de Abril con sus rosas y al de Agosto con sus espigas: tenia sin cesar cerca de su corazon, como para abrigo, á su familia, á su hijo, á sus hermanos y á algunos amigos. Le dominaba el deseo de la oscuridad, que constituye las aspiraciones de los que son célebres; compuso en la soledad esos poemas que más tarde conmovieron á las muchedumbres. Por eso todas sus obras, tragedias, comedias y elegías respiran tanta calma, encierran tantos hechos; tienen para los que las leen con atencion cierta frescura de sombra y de silencio, que las sigue hasta en medio de la luz y del ruido.

Perteneciendo á todos y dedicándose á algunos, compartía su existencia entre su pais, al cual dedicaba toda su inteligencia, y su familia, á la que daba toda su alma; así obtuvo dos palmas: una brillante y otra tierna; como poeta, la fama; como hombre, la felicidad.

Su vida, sin embargo, tan tranquila dentro y tan brillante fuera, no estuvo exenta de penalidades ni de trabajos.

Jóven aun, Casimiro Delavigne tuvo que luchar con el trabajo contra la necesidad. Sus primeros años fueron rudos y penosos; más tarde su talento le hizo adquirir amigos; sus éxitos le crearon un público y su carácter una autoridad. Por lo elevado de su espíritu fué desde su juventud solicitado por las más ilustres amistades. Hombres eminentes, vos lo habeis dicho, buscaban lo que hoy es

una gloria, tratarle y ser sus amigos, lo mismo M. Francisco de Nantes durante el Imperio, que M. Pasquier en la Restauracion. Pudo así dedicarse tranquilamente á sus trabajos sin inquietudes, sin preocuparse de las necesidades materiales, dichoso, admirado, rodeado de la afecion pública y acariciado por el aura popular.

Llegó un dia en que una injusta é impolítica intriga hirió al poeta cuya fama europea tanto honraba á Francia. Entonces le recogió y le sostuvo un príncipe, del que Napoleón dijo: *El duque de Orleans es siempre nacional*; espíritu grande y justo, que comprendía entonces como príncipe y despues ha reconocido como rey que el pensamiento es una potencia y el talento una libertad.

Cuando se reflexiona detenidamente en M. Casimiro Delavigne, cuando se estudia con fijeza tan dichosa naturaleza, es cuando se observa con extrañeza la íntima y estrecha relacion que existe entre la cualidad propia de su espíritu, que es la claridad, y el rasgo principal de su carácter, que es la dulzura. La dulzura, en efecto, es una luz del alma que se esparce sobre las acciones de la vida.

En M. Delavigne la dulzura siempre ha sido proverbial. Era dulce en todos los accidentes de la vida; lo mismo en la prosperidad que en los sufrimientos; lo mismo para con sus amigos que para con sus enemigos.

A pesar de estar expuesto, sobre todo en sus últimos años, á violentas críticas y á denigraciones amargas y apasionadas, jamás, segun nos dice su hermano en una interesante biografía, pareció dudar; su serenidad jamás se alteró; tenia siempre la misma calma, la misma expansion, la misma benevolencia, la misma sonrisa; el noble poeta ignoraba lo que era el odio, propio de las almas débiles y fieras. Sabia, desde luego, que todo lo que es bueno, grande, fecundo, elevado y útil, es siempre combatido, por lo que recordaba el proverbio árabe: *No se arrojan piedras más que á los árboles cargados de frutas de oro*.

Tal era, señor, el hombre tan justamente admirado á quien vos reemplazais en esta Asamblea.

Sustituir á un poeta que toda la nacion llora, cuando esa nacion se llama Francia y el poeta Casimiro Delavigne, es, más que un honor que se acepta, un compromiso que se adquiere; grave compromiso ante la literatura, ante la

fama y ante el pais; pero me apresuro á tranquilizar vuestra modestia.

La Academia puede proclamar altamente, y yo estoy satisfechísimo al decirlo en su nombre, que al llamaros á su seno hizo útil y excelente eleccion. Pocos hombres, como vos, han prestado tantos servicios á las letras y á las graves elaboraciones de la inteligencia. Sois poeta, y á pesar de serlo en un siglo en que la poesia es tan elevada, tan poderosa y tan fecunda; en que luchan la elegía épica con la elegía lírica; entre Casimiro Delavigne, que es tan noble, y Lamartine, que es tan grande, habeis sabido, entre extremos tan opuestos, descubrir un nuevo camino y crear una elegía que solo es vuestra; habeis dado á ciertos desahogos del alma un acento nuevo. Vuestro género, casi siempre doloroso, con frecuencia profundo, vá en busca de todos los que sufren, ya estén en sitios altos, ya caidos, ya sean buenos ó malos. Para llegar hasta ellos vélese vuestro pensamiento, porque no quereis turbar la oscuridad que los envuelve.

Sabeis bien, como poeta, que los que sufren se retiran y ocultan no sé qué sentimiento rudo é inquieto, nacido de la vergüenza en las almas decaidas y del pudor en las almas puras; y porque lo sabeis bien es por lo que, queriendo ser de los suyos, os ocultais como ellos. De aquí nace vuestra poesia penetrante y tímida á la vez, que hiere discretamente las fibras misteriosas del corazon.

Como biógrafo habeis, en vuestros *Retratos de mujeres*, unido el encanto á la erudicion, dejando entrever un moralista que iguala muchas veces en delicadeza á Vauvenargues, sin resucitar nunca la crudeza de La Rochefoucauld.

Como novelista habeis sondeado los lados desconocidos de la vida posible, y resulta en vuestros análisis concienzudos la fuerza secreta que se oculta en la gracia de vuestro talento.

Como filósofo habeis confrontado todos los sistemas; como crítico habeis estudiado todos los géneros en literatura.

Algun dia completareis y dareis cima á estos últimos trabajos, que hoy no pueden juzgarse aun, porque todavía están por terminar en vuestro espíritu, y os convencereis entonces al primer golpe de vista, como conclusion definitiva, de que hay siempre en el fondo de todos los sistemas filosóficos algo que es humano, es decir, vago é indeciso, mientras que hay siempre en el arte, cualquiera que sea el siglo y cualquiera su forma,

algo que es divino, es decir, cierto y absoluto; de tal suerte, que mientras que el estudio de todas las filosofías induce á la duda, el estudio de la poesia conduce al entusiasmo.

Por vuestros estudios sobre las lenguas, por la flexibilidad y variedad de vuestro talento, por la vivacidad de vuestras ideas, siempre agudas, con frecuencia fecundas; por esa mezcla de erudicion y de ingenio que hace que en vos no desaparezca del todo el poeta al ejercer la crítica (aunque la crítica jamás desnuda enteramente al poeta), es por lo que recordais á la Academia uno de sus más caros y más llorados miembros: al ameno y delicioso Nodier, tan elevado y tan tierno, al que os asemejais. Nodier nos recuerda algo de La Fontaine; vos nos recordais algo de Nodier.

Parecia imposible que vos, por la naturaleza de vuestros trabajos y por la inclinacion de vuestro talento á la curiosidad biográfica y literaria, no pensárais algun dia detener nuestras miradas ante dos grupos célebres de grandes ingenios que dieron al siglo diez y siete sus dos aspectos más originales: el Hotel de Rambouillet y Port-Royal. El uno abrió el siglo diez y siete; el otro le acompañó y fortaleció: el uno introdujo la imaginacion en la lengua; el otro introdujo la austeridad. Los dos, colocados, por decirlo así, en las extremidades opuestas de la inteligencia humana, han difundido luces diversas. Sus influencias han sido combatidas dichosamente y combinadas más dichosamente todavía, y en ciertos maestros de nuestra literatura, colocados en cierto modo á igual distancia del uno y del otro, en algunas obras inmortales, que satisfacen á la vez al espíritu en sus deseos de imaginacion y al alma en sus deseos de gravedad, se vé mezclarse y confundirse su doble aspecto.

De estas dos grandes ramas, que caracterizan una época ilustre y que tan poderosamente han influido en Francia sobre las letras y las costumbres, la primera, el Hotel de Rambouillet, ha obtenido de vos, acá y allá, algunas pinceladas vivas y espirituales; la segunda, Port-Royal, ha despertado y fijado vuestra atencion. Habéisle consagrado un excelente libro, que, aunque no terminado, es sin contradiccion la más importante de vuestras obras: habeis hecho bien. Es muy digna de estudio y de meditacion esa grave familia de solitarios que ha atravesado el siglo diez y siete,

perseguida y aplaudida á la vez, admirada y odiada, buscada por los grandes y perseguida por los poderosos, y que ha encontrado el medio de sacar de su aislamiento y pobreza no sé qué imponente é inexplicable autoridad y que ha hecho servir las grandezas de la inteligencia para el engrandecimiento de la fé.

Nicole, Lancelot, Lemaistre, Sacy, Tillemont, los Arnauld, Pascal, glorias tranquilas, nombres venerables, entre las cuales brillan castamente tres mujeres, ángeles austeros, que muestran en la santidad la majestad que las mujeres romanas mostraban en el heroísmo. Bella y sábia escuela, que instituyó, como maestro y doctor de la inteligencia, á San Agustín, á Aristóteles; que conquistó á la duquesa de Longueville; que formó al presidente de Harlay; que convirtió á Turena, y que hizo nacer al mismo tiempo en San Francisco de Sales la dulzura y en el abate de Saint-Cyran la severidad.

A decir verdad y en todo lo que digo tengo presente vuestro libro: la obra de Port-Royal no fué literaria más que por incidencia y en cierto modo, por decirlo así. El verdadero objeto de aquellos pensadores tristes y rígidos era puramente religioso.

Estrechar las ligaduras de la Iglesia dentro y fuera, con más disciplina en el sacerdote y con más creencia en el fiel; reformar á Roma obedeciéndola; hacer en el interior y con cariño lo que Lutero hizo en el exterior y con cólera; crear en Francia, entre el pueblo sufrido é ignorante y la nobleza voluptuosa y corrompida, una clase intermedia, buena, estóica y fuerte, el alma de la clase media, inteligente y cristiana; fundar una Iglesia modelo en la Iglesia, una nación modelo en la nación; tal era, en fin, la secreta ambición, tal era el sueño de aquellos hombres, ilustres entonces por la tentativa religiosa é ilustres hoy por el resultado literario; y para llegar á tal fin, para fundar la sociedad segun la fé entre las verdades necesarias, la más necesaria á sus ojos, la más luminosa, la más eficaz era la que les demostraba más palmariamente ante la fé y la razón, dada la fragilidad del hombre, probada por la mancha original, la necesidad de un Dios redentor, la divinidad de Cristo. Todos sus esfuerzos se encaminaban á este objetivo, como si adivinaran que en él estaba el peligro, y para ello amontonaron libros sobre libros, pruebas sobre pruebas, demostraciones sobre demostracio-

nes. ¡Maravilloso instinto de presencia que irradiaba sobre aquellas almas severas! Cómo no insistir en este punto? Edificaban la gran fortaleza á toda prisa, como si presintieran el ataque.

Se ha dicho que esos hombres del siglo diez y siete preveían á los hombres del siglo diez y ocho, y que, pensando en el porvenir, inquietos y atentos, sintiendo por no sé qué movimiento siniestro que una legion desconocida se ponía en marcha en las tinieblas, oían venir á lo lejos, envuelto en la sombra, el sombrío y tumultuoso ejército de la Enciclopedia, y entre el rumor ténébre que oían, creían adivinar confusamente la triste y fatal palabra de Juan Jacobo y la estridente carcajada de Voltaire.

Les perseguían, pero esto les preocupaba poco.

Se ocupaban más de los peligros de su fé en lo futuro que de los dolores de su comunidad en el presente. Nada pedían, nada querían, nada ambicionaban; trabajaban y contemplaban; vivían en la sombra del mundo, pero en la luz del espíritu. ¡Espectáculo augusto, que extremece al alma hiriendo el pensamiento!

Mientras que Luis XIV rendía la Europa, y Versalles maravillaba á Paris, y la corte aplaudía á Racine, y el pueblo aplaudía á Molière; mientras que el siglo solo respiraba fiesta y victoria; mientras que todos los ojos admiraban al gran rey y todos los géneos al gran reino, aquellos soñadores, aquellos solitarios, sumidos en el destierro, en la cautividad, expuestos á una muerte oscura, más ó menos lejana; encerrados en un claustro destinado á la ruina y cuyos vestigios debía borrar el arado; perdidos en un desierto á algunos pasos de Versalles, de Paris, de la gran monarquía, del gran rey; laboriosos y pensadores, cultivando la tierra, estudiando los textos, ignorando lo que hacían la Francia y la Europa, buscando en la Santa Escritura las pruebas de la divinidad de Jesús, buscando en la creación la glorificación del creador y con los ojos fijos únicamente en Dios, meditaban sobre los libros sagrados y sobre la naturaleza eterna, con la Biblia abierta en la Iglesia y con el sol balanceándose en los cielos.

Su paso no ha sido inútil. Vos lo habéis dicho en el notable libro que ellos os han inspirado: dejaron sus huellas en la teología, en la filosofía, en la lengua, en la literatura, y aun hoy todavía es Port-Royal, por decirlo así, la luz interior y misteriosa de algunas almas elevadas.

Su vivienda ha sido demolida, su campo ha sido arruinado, sus tumbas han sido violadas; pero su memoria es santa, sus ideas están en pié, y de las semillas que sembraron, muchas han germinado en las almas, algunas en los corazones.

¿Por qué esta victoria á través de tales calamidades? ¿Por qué este triunfo á pesar de aquella persecución?

No solo lo han conseguido por ser superiores, sino también por ser sinceros, porque creían, porque estaban convencidos que marchaban hácia su objeto con voluntad y con fé profunda.

Después de haber leído y meditado su historia, parece que nos tentemos á exclamar: ¿Queréis tener grandes ideas y hacer grandes cosas? Creed! tened fé! Creed en la humanidad, en el génio, en el porvenir, en vosotros mismos. Sabed de dónde venís para saber á dónde vais. La fé es buena y sana el espíritu. No basta pensar, es preciso creer. De la fé y de la convicción arrancan en la moral las acciones santas y en la poesía las ideas sublimes.

No estamos ya en la época de aquellos grandes desenvolvimientos de una idea puramente religiosa. Sobre aquellos entusiasmos, Voltaire y la ironía han pasado. Pero digámoslo en voz alta, vanagloriándose de lo que nos queda de entusiasmo: todavía hay lugar en nuestras almas para las creencias eficaces, y su generosa llama aun no se ha extinguido en nosotros.

Semejante dón, una convicción cualquiera, constituye hoy, como antes, la identidad propia del escritor.

El pensador puede también en este siglo tener su fé santa, su fé útil, y creer, vuelvo á repetir, en la patria, en la inteligencia, en la poesía, en la libertad. El sentimiento nacional, por ejemplo, ¿no forma por sí solo una religión? Bien puede suceder que la fé en la patria, el sentimiento patriótico, profundamente exaltado, en ciertas circunstancias convierta á un hombre en un Tirteo, que reúna innumerable multitud al lanzar el grito de su alma y dé á la palabra de un adolescente el extraño poderío que conmueve á todo un pueblo.

A propósito de esto; ya que hasta aquí me ha conducido el asunto, permitidme antes de terminar que os traiga á la memoria un recuerdo.

Era una época, pero una época fatal, en que treinta años de una paz fecunda no habían podido borrar de nuestra memoria los quince que tuvimos de lucha

por la libertad, los quince que tuvimos de lucha por la civilización, y en esa época, aquel momento en que cayó lo que era tan grande, que su caída pareció la caída de toda la Francia. La catástrofe fué decisiva y completa; todo terminó en un día. La Roma moderna fué entregada á los hombres del Norte, como le sucedió á la Roma antigua; el ejército de Europa entró en la capital del mundo; las banderas de veinte naciones flotaron desplegadas al toque de las cornetas en nuestras plazas públicas; otras veces venían también así á nuestras casas, pero cambiando de señores en el camino.

Los caballos de los cosacos pacieron en las yerbas de las Tullerías. ¡Este espectáculo presenciemos! Los que entre nosotros eran ya hombres entonces recordarán su profunda indignación; los que entre nosotros éramos niños nos acordamos de nuestro asombro doloroso.

La humillación era terrible; Francia encorvaba la cabeza en el sombrío silencio de Niobe; venía de ver caer, á cuatro jornadas de Paris, en el último campo de batalla del imperio, á los veteranos hasta entonces invencibles y que recordaban al mundo las legiones romanas que glorificaron á César y á la infantería española de que habló Bossuet. ¡Percieron con sublime muerte aquellos héroes vencidos y nadie osó pronunciar sus nombres! Reinaba profundo silencio; ni se oía un grito de dolor ni una palabra de consuelo! Parecía que se tenía miedo al valor y vergüenza de la gloria.

De repente se levantó una voz en medio de aquel silencio, voz hasta entonces desconocida, hablando á todas las almas con un acento simpático, llena de fé por la patria y de religión por los héroes. Esta voz honraba á los vencidos y decía:

“Oh dolor! ¿Qué es lo que se presenta ante mis ojos? ¡En medio de inmensos torbellinos de humo y de fuego, solo el sagrado regimiento contra un ejército entero le afronta y se prepara á morir.”

Esta voz, que reanimaba el espíritu abatido de la Francia, continuó diciendo:

“Porque lloro sus desgracias y me enorgullezco con sus victorias, depongo á sus piés mis alegrías y mis dolores; tengo cantos para todas sus glorias y lágrimas para todos sus pesares.”

¿Quién podrá decir el efecto que produjeron estas tiernas y arrogantes palabras? Fueron para todas las almas una chispa eléctrica y poderosa, una exclamación

macion frenética para todos los pechos, que acogieron estas estrofas con yo no sé qué mezcla de cólera y de amor, y convirtieron en un solo día á un jóven desconocido en el poeta nacional. La Francia irguió la cabeza, y á partir de este momento, en este país, que hace marchar siempre al frente de todo su grandeza militar y su grandeza literaria, la fama del poeta se ligó en el pensamiento de todos á la catástrofe, como para amonorarla y desvanecerla. Digámoslo, porque es glorioso decirlo: á la mañana siguiente del día en que Francia inscribió en su historia esta palabra nueva y fúnebre: *Waterlío*, grabó también en sus fastos este nombre, jóven y brillante: *Casimiro Delavigne*.

¡Recuerdo envidiable del generoso poeta! Gloria digna de envidia! ¿Qué

hombre de génio no cambiaria su mejor libro por el insigne honor de haber agitado entonces, con un movimiento de alegría y orgullo, el corazón de la Francia, agobiada y desesperada? Hoy que la hermosa alma del poeta ha desaparecido tras el horizonte, desde donde nos envía aun sus resplandores, recordemos con enternecimiento su alborada tan deslumbrante y tan pura.

Patriótico reconocimiento debe unirse siempre á la noble poesía que inspiró tan noble acción; que acompañe siempre á Casimiro Delavigne, y después de haber coronado su vida, se trueque en una aureola en su tumba.

Dichoso debe ser el hijo de quien puede decirse: Ha consolado á su madre!

Dichoso el poeta del que se puede decir: Ha consolado á su patria!

CÁMARA DE LOS PARES.

1845 A 1848.